

# ARMAS Y SEÑORÍO

Javier Balladares Gómez\*  
UAM-I

**Dossier**

**RESUMEN:** Es sabido que, durante la Edad Media, la violencia desempeñó un papel muy importante en las relaciones sociales. La idea que guiará el presente trabajo es que la forma en que se practicaba esa violencia estuvo ligada en forma inherente a esas relaciones sociales. Para demostrar lo anterior, se analizarán algunas de las armas utilizadas en ese momento. A partir de esos objetos, ahora inertes, podremos hallar huellas que nos ayudarán a entender la forma en que ese mundo estaba organizado. La espada, el arma medieval por excelencia, tiene una forma específica, forma que se adecuaba a las relaciones prevalecientes en ese periodo, y debido a ello, es completamente distinta de las espadas anteriores o posteriores. Y esto es así porque estos objetos –cuya finalidad se enmarcaba en las prácticas violentas de entonces– son producto de esas relaciones entre los seres humanos. Allí radica la importancia filosófica de este tema: la objetivación de una forma social específica.

**PALABRAS CLAVE:** violencia, espada, vínculo social, señorío, vasallaje.

**Abstract:** It is known that violence played an important role in the social relations of the Middle Ages. The idea that guides this work is that those social relations were inherently linked by the way that violence was practiced. To show this, we analyzed some of the weapons used at that historical moment. From these objects, now lifeless, we find traces that help us understand how that world was organized. The sword, medieval weapon par excellence, has a specific shape. This shape was adapted to medieval relations; and it is not surprising that it was completely different from ancient or later swords. This is because these objects were the products of these relationships between human beings. Here lies the philosophical importance of this subject: the objectification of a specific social form.

**Key words:** violence, sword, social bond, lordship, vassalage.

Recibido: 19-diciembre-2011  
Aprobado: 6-enero-2012

\* Licenciado y maestro en Filosofía. Candidato a doctor en Filosofía Política y Moral por la UAM-I. Texto presentado en el XVI Congreso Internacional de Filosofía, *Filosofía: razón y violencia*, celebrado en la UAEM, Toluca en noviembre de 2011. Correo electrónico: javierbgz@gmail.com

La relación entre los hombres y los objetos que lo rodean es constante. No podría ser de otro modo, dado que tales objetos son creación de esos mismos seres humanos. Sin embargo, no siempre resulta evidente que esto sea así. Los objetos parecen cobrar cierta independencia de la forma social en la que aparecen; o por lo menos parece que tal relación no tuviese la suficiente importancia como para ocuparnos de ella y de la forma en que el hombre se vincula a ellos. Así ocurre cuando nos acercamos a las armas medievales. Éstas estaban circunscritas a la historia de la guerra, la literatura o a la obsesión de cierta gente por ese pasado medieval.

La intención de este breve trabajo es señalar que la relación entre ciertos objetos —las espadas medievales— y el

vínculo social de ese mundo específico —que va del siglo XI al siglo XIII— no es accidental; la intención es señalar el vínculo entre ese objeto específico y la forma del señorío. Para ello habrá que volver a desempolvar lo que los arqueólogos ya habían rescatado del olvido: desde el siglo XIX se comenzó a dar importancia científica a los objetos del pasado hallados en lugares imprevistos. Eso ocurrió también, tal vez sin el mismo entusiasmo que con otros objetos, con las espadas halladas en ríos, zanjas o en campos.

¿Por qué la espada? Porque la espada no sólo era el arma favorita de los aristócratas, los caballeros y los señores del Medioevo, sino porque era también el arma más sobresaliente tanto en la guerra como en la dominación sobre la servidumbre que comenzaban a conquistar los llamados *señores*. Por lo tanto era también uno de los signos que marcaban la diferencia entre el lugar que ocupaba cada quien dentro del cuerpo social medieval. La vida y fortuna del caballero dependía del poder de su espada. Este objeto era tan valorado que era merecedor de un nombre propio: Durandarte, Hrunding, Curtana, Lobera, etc. En síntesis, en la espada se encuentra condensada “el arma más noble, capaz de unir la utilidad para la lucha militar con un fuerte simbolismo”.<sup>1</sup>

Ha sido el británico Ewart Oakeshott (1916-2002), historiador y coleccionista, quien ha clasificado las diferentes espadas cuyo origen data de entre los siglos XII y XIV, justo el periodo del auge y esplendor del señorío, forma

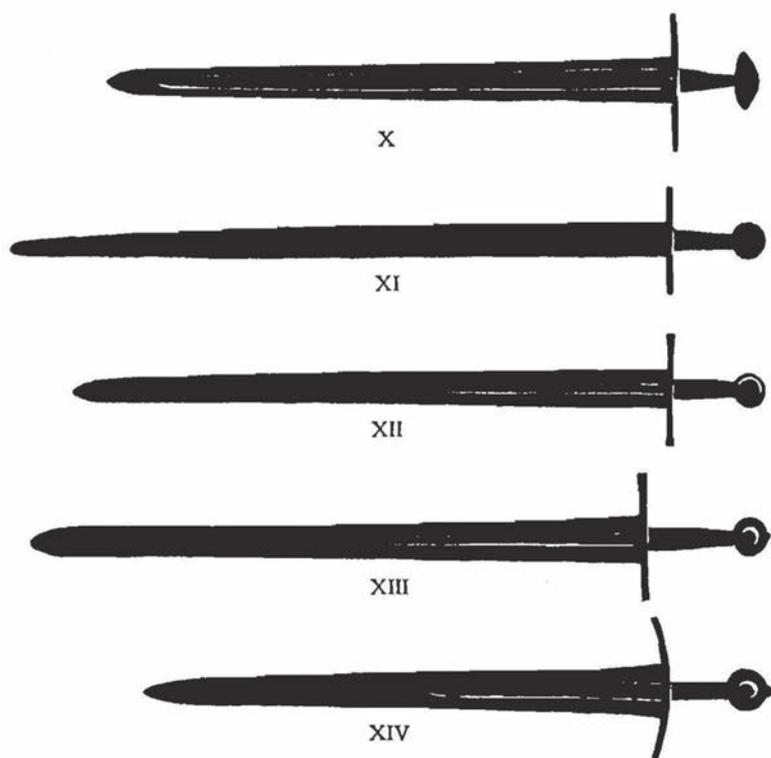


Imagen 1: Tipos de espada, 1100-1325. Dibujo y clasificación de Ewart Oakeshott, en *The Sword in the Age of Chivalry*, p. 203.

1. Andrew Ayton, “Armas, armaduras y caballos”, en Maurice Keen, *Historia de la guerra en la Edad Media*, p. 255.

de vínculo cuya violencia fue innegable e infame. Según Oakeshott, existen seis tipos distintos de espadas en este periodo (véase la imagen 1).

Para el presente trabajo nos concentraremos en las diferencias entre las dos primeras, las del tipo X y XI. Como se ve a primera vista, aquello que las distingue es el tamaño: la del tipo XI es más larga que la del tipo X. En lo que respecta a las dimensiones de las espadas, Andrew Ayton nos dice que ya desde

el siglo IX, en los talleres de los artesanos de Renania, tuvo lugar un cambio en el diseño de la espada que resultaría crucial en los siglos venideros: la hoja de la espada se estrecharía hacia la punta consiguiendo mover el centro de gravedad desde el extremo a la empuñadura, y facilitando así enormemente su manejo.<sup>1</sup>

La nueva espada era más ligera (un par de kilos era su peso máximo) y también era más sencillo mantenerla en equilibrio, en parte por la incorporación de la cruz o guarnición, que diferencia a estas espadas de las romanas, por ejemplo, que no la tenían.

El tamaño distingue, entonces, a las espadas medievales de las de épocas anteriores. Y entre las del periodo que trabajamos aquí, son las del tipo XI las más largas, y también han sido éstas las que se han encontrado en ríos o en zanjas. En tales circunstancias, como el propio Ewart Oakeshott nos dice, es difícil datar de manera exacta la época en que se crearon y usaron tales armas. Sin embargo el sitio donde se encontraron nos habla de sus posibles usos. No debe, pues, resultarnos extraño que espadas como éstas se encontraran en lugares



Imagen 2: Escultura de la espada Excalibur en los Kingston Maurward Gardens, en Dorchester, Dorset. Según la leyenda, la Dama del Lago, o Nimue, la tomó después de haber sido arrojada por Bedivere. Escultura Fotografía de charliebee17  
<http://www.flickr.com/photos/charliebee/1335678733/>

como ríos y lagos. No se debió a una falta de interés o a descuidos de sus antiguos poseedores. Este hecho más bien podría apuntar a la persistencia de rituales o ceremoniales no cristianos. Recuérdese la leyenda del rey Arturo, quien al morir pide a uno de sus caballeros (Sir Bedivere) que arroje su espada Excalibur a un río (véase la imagen 2). Más allá de ese relato, esto nos mostraría que estas prácticas eran parte de rituales caballerescos. Éstos pueden rastrearse, por ejemplo, entre los pueblos celtas.

Por el contrario, de las espadas del tipo X, más pesadas, hay vestigios más célebres, sea como legado de una familia o en pinturas.<sup>2</sup> Ewart Oakeshott nos recuerda que espadas como éstas se aprecian en una de las pinturas de *El Evangelio de Otto III*, el cual tiene ilustraciones y está datado entre 983 y 991 (véase la imagen 3). La obra fue realizada en la isla de Reichenau, en

2. Éstas, así como las del tipo XIII, solían sobrevivir en las familias poseedoras, puesto que solían heredarse.

el Sacro Imperio Romano-Germánico. En ese libro, que contiene los cuatro evangelios en miniatura, hay 34 miniaturas, entre las que hay una imagen del emperador Otto III en el trono. A su lado derecho se ve a un escudero que sostiene una espada de este tipo.

Pueden establecerse, entonces, varias diferencias que nos mostrarían su uso y su relación con el vínculo social en aquel momento; pero, antes de hacerlo, habría que recordar algo muy importante en relación con esta arma: la espada medieval era, en efecto, el arma por excelencia de los nobles.



Imagen 3: Otto III en el trono, folio 24 derecho del *Gospel Book of Otto III*, Reichenau, Alemania, circa 983-991. Témpera sobre pergamino, 1'1" x 93/8". Bayerische Staatsbibliothek, Munich.

Además de la posesión del caballo, era una de las señales más evidentes de diferenciación social, no sólo en la guerra, sino en la vida cotidiana. Poseer ambos no sólo daba independencia al guerrero y simbolizaba la virtud de éste, sino que también representaba un gran honor. Al ser entonces la espada el arma por excelencia del caballero, su uso por los no aristócratas estaba prohibido, excepto, se dice, cuando había que defender un castillo.<sup>3</sup> Y en esa excepción parece inscribirse esta diferencia entre las espadas que aquí analizamos, la del tipo X y XI de la clasificación de Ewart Oakeshott.

La espada del tipo X se vincula al poder legítimo de la época: al emperador que, recordemos, era el poder avalado por la iglesia católica, aunque, por supuesto, este tipo de espadas no era exclusivo del poder imperial. También se hallan espadas de este tipo en los reyes cristianos y su nobleza. Por el contrario, las espadas del tipo XI, según los lugares donde se han encontrado, parecen estar más vinculadas a ritos paganos. ¿Por qué? Esta diferencia ha quedado confirmada por el trabajo del propio Ewart Oakeshott, quien ha estudiado el tipo de inscripciones en estas armas.

Comencemos con las inscripciones en las armas del tipo X. Estas espadas suelen tener inscripciones ya en la empuñadura, ya en la hoja; tales inscripciones han sido un elemento importante para datar las espadas, pues los estilos y los contenidos son variables. Entre las inscripciones podemos ver por ejemplo, la inscripción *HOMODEI*

<sup>3</sup> Véase Jean-Denis G. G. Lepage. *Medieval Armies and Weapons in Western Europe*, pp. 82 y ss.

“hombre de Dios”. Oakeshott nos dice<sup>4</sup> que hay un grupo de espadas en cuya hoja se encuentra la inscripción *INNOMINEDOMINI* “En el nombre del Señor”, de un lado, mientras que del otro *GICELINMEFECIT*, “Gicelin me ha hecho”. Se trata, por supuesto, del herrero que forjó tales armas. Andrew Ayton comenta que algunos cálculos recientes consideran que se requería un trabajo de al menos 200 horas para forjar una espada. Si a eso sumamos los demás elementos necesarios para armar a un caballero, veremos que, además de la prohibición explícita, había una barrera económica infranqueable para armarse como caballero:

La adquisición de caballos de guerra adecuados y de las armas y armaduras necesarias para el combate acarrearán una inversión considerable. En el siglo XI, la pieza más costosa del equipo de un caballero, dado que su fabricación exigía un trabajo especializado y muy laborioso con unos materiales cuyo suministro escaseaba, era el jubón confeccionado en cota de malla, la armadura flexible formada por cerca de 25,000 anillos, que venía a costar, en palabras de James Campbell, ‘algo así como los ingresos anuales de un pueblo grande’ [...] Un buen caballo de guerra costaría por lo menos tanto como el jubón de cota de malla.<sup>5</sup>

El acceso a estas armas, desde el punto de vista económico, era pues casi imposible para alguien que no perteneciese a la nobleza. Pero más inaccesible que este aspecto económico

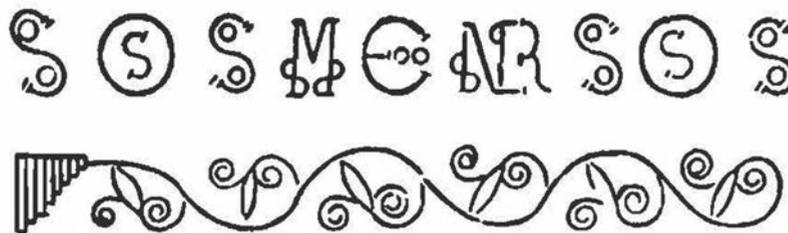


Imagen 4. Dibujo de Ewart Oakeshott<sup>6</sup>

lo era el propiamente aristocrático y su vinculación con la Iglesia. La nobleza no provenía de la riqueza, sino al revés..., por lo menos así lo veían aquellos hombres. Su vinculación con la religión también estaba fuera de toda duda; de ahí las inscripciones señaladas: *HOMODEI* e *INNOMINEDOMINI*.

En las espadas del tipo XI hay también inscripciones. Puede encontrarse la misma *INNOMINEDOMINI*, pero se comienza a hacer uso de las iniciales. Un momento intermedio es la espada que por un lado de la hoja dice *SANCTUS PETRUS* y en el lado contrario se lee *BENEDICATNTIUS ET MAT*. De esta última inscripción Oakeshott nos señala que “es vaga y parece ser un primer momento en camino hacia las inscripciones en iniciales que comenzaron a proliferar en el siglo XIII”. En una espada del tipo X se lee lo siguiente (véase la imagen 4):

No se trata de una palabra o frase, sino de letras: *S O S M E N C R S O S*. La N, C y R están condensadas en una sola. Y aunque son iniciales, no se trata únicamente de letras, sino también, como dice Oakeshott, de un trabajo artístico.

Otra inscripción de este tipo es la que se encuentra en la hoja de la espada Lobera del rey Fernando III (1199-1252) el Santo (véase la imagen 5)

4 R. Ewart Oakeshott, *The Archaeology of Weapons*, pp.212 y ss.

5 Andrew Ayton, “Armas, armaduras y caballos”, en Keen, Maurice, *Historia de la guerra en la Edad Media*, p. 241.

6 Véase de este autor *The Sword in the Age of Chivalry*, p. 216.

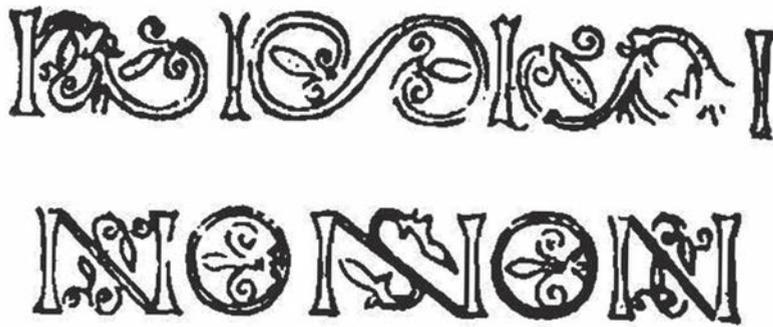


Imagen 5. Iniciales de la espada Lobera. Dibujo de Ewart Oakeshott<sup>7</sup>



Imagen 6. La espada Lobera de Fernando III, Catedral de Sevilla. Fotografía de skittledog  
<http://www.flickr.com/photos/55919472@N00/5990165165>

Se ha leído esta inscripción como un Sí, sí, y un No, no, y se ha interpretado del siguiente modo: “permite que tu sí sea un sí y que tu no sea un no”. Oakeshott propone por su parte lo siguiente: leer de un lado solamente cuatro letras “I”. Las letras “S”, dice Oakeshott, en realidad no serían tales, sino separaciones de las “I”. Por el otro lado, donde se lee NONON, este autor lee una S en medio de la N central, leyendo así: *O Nomine Sancti: O Nomine Sancti Iesu*.<sup>8</sup> Independientemente de las distintas interpretaciones de lectura de estas iniciales, lo que se ve es un pequeño desplazamiento en la forma, es decir, ya comienza a verse con claridad el uso de iniciales, o de letras a interpretarse. En relación con esta espada específica, cabe señalar que actualmente se encuentra resguardada en la Catedral de Sevilla, junto a la escultura del rey-santo (véase la imagen 6).

En la inscripción de la siguiente página (véase la imagen 7) ya se advierte que se trata únicamente del uso de iniciales. Lo que se ha leído en esta serie de letras es lo siguiente: *Nomine Eterni Dei Regis Coeli, Nomine Eterni Dei Regis Universi, Sancti Dei Regis Caeli, Nomine Eterni Dei Regis Universi Initiatus*.<sup>9</sup> Lo que vemos aquí es que el paso desde el uso de palabras al de iniciales fue lento y no inmediato. En los ejemplos mostrados, sin embargo, el tema cohesiona los cambios: se trata de la legitimación del uso de las armas mediante la referencia a Dios. Es gracias al servicio a Dios que se pueden llevar

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 217.

<sup>8</sup> R. Ewart Oakeshott, *The Archaeology of Weapons*, p. 216.

<sup>9</sup> *Ibid.*, p. 218.

tales objetos, y éstos se usan en nombre de Dios.

Pero hay también otra transformación en estas inscripciones que ahora sigue un rumbo distinto y se relaciona con su contenido. Es en las espadas del tipo XI donde ocurre esta transformación. El sentido de las inscripciones comienza lentamente a tomar una línea muy distinta de todas las que hemos visto hasta ahora. Se trata de iniciales en las que se leería lo siguiente: *Qui falsitate vivit animam occidit. Falsus in ore, caret onore*<sup>11</sup>, es decir: “Quien vive en la falsedad da muerte a su alma, aquel que habla falsamente, carece de honor”. Del otro lado de la hoja de la espada se leería: *Qui est hilaris dator, hunc amat Salvator. Omnis avarus, nulli est carus*; es decir: “El salvador ama a quien alegremente da, al hombre avaro no lo quiere”.

Aquí hay claramente un tránsito hacía temas propiamente laicos. Ya no se trata únicamente de legitimar el uso y posesión de la espada por su relación con Dios, sino que también comienza a aparecer el tema propiamente aristocrático del honor: usan la espada aquellos que tienen honor, y es gracias al honor de quien la lleva, que el uso de la espada puede alcanzar legitimidad. El honor es el resultado de las acciones de los individuos; y es por ello que el honor comienza a investir a esta arma. La espada comenzará a ser el signo del honor, y llevarla únicamente podrá sostenerse por el honor de su portador.

Al respecto, cabría hacer una breve precisión: cuando se habla aquí de temas



Imagen 7. Espada con iniciales. Dibujo de Ewart Oakeshott<sup>10</sup>

*laicos*, no se hace referencia únicamente a la laicidad separada completamente de la Iglesia, sino también —en un primer momento— a la laicidad como se entendía en la Alta Edad Media. En esa época, la nobleza como tal fue laica siempre, en la medida en que no cumplía funciones ministeriales-sacramentales. De acuerdo con el derecho canónico, en su canon 207 §1 se lee lo siguiente: “Por institución divina, entre los fieles hay en la Iglesia ministros sagrados, que en el derecho se denominan también clérigos; los demás se denominan laicos”.<sup>12</sup> En otros términos: en ese periodo histórico, la nobleza como tal era laica, y de ningún modo estaba fuera de la comunidad cristiana, sino que pertenecía plenamente a ella. Sin embargo, la laicidad misma comenzó a transformarse lentamente. El hecho de que el honor aparezca como parte del carácter del aristócrata y que su arma marcara una pequeña escisión en la relación de éstos con los miembros-ministros de la comunidad cristiana muestra que comienza a aparecer una

<sup>10</sup> Instituto Martín de Azpilcueta, *Código de derecho canónico*, Universidad de Navarra, p. 184. El término laico aparece desde finales del siglo I en el contexto de los sacramentos y el ministerio de éstos: “En efecto, desde San Clemente Romano se designa con el nombre de laicos la condición en el Pueblo de Dios de aquellos fieles —en realidad, la multitud de fieles— que no son ministros sagrados. Podríamos decir en consecuencia que con esta palabra se designa la nuda condición del cristiano, de *christifidelis*, en cuanto se contradistingue de la posición estructural de los que recibieron el sacramento de la Orden.” Véase Ramiro Pellitero, *Los laicos en la eclesiología del Concilio Vaticano II*, p. 101.

<sup>10</sup> R. Ewart Oakeshott, *The Sword...*, *op. cit.* p. 217.

<sup>11</sup> R. Ewart Oakeshott, *The Archaeology...*, *op. cit.*, p. 218.

laicidad relativamente independiente de la Iglesia. Esto se observa en que un rey cristiano es laico porque no es un ministro de la Iglesia; pero está ungido por el papa. Un señor es laico, pero no sólo por no ser un ministro católico, sino también porque no ha pasado por la autorización religiosa para ejercer su señorío.

¿Qué diferencia hay, entonces, entre estos dos temas en las inscripciones que hemos señalado? Aquí cabría arriesgar una vinculación de estas inscripciones con la tesis propuesta por Thomas N. Bisson en torno al señorío. Es decir, este autor ha hecho la distinción entre el señorío violento y las relaciones de vasallaje feudal. El vasallaje consistía en una serie de relaciones jerárquicas claramente delimitadas que establecían ciertos hombres con otros. Las distinciones entre los grados de nobleza adquirieron su pleno sentido en el vasallaje. Los reyes y el emperador estaban en la cúspide jerárquica de los poderes de la cristiandad alto-medieval; sin embargo, los vasallos estaban considerados como hombres libres. Los reyes eran ungidos por el propio papa, y de ahí la legitimación religiosa no sólo del reino, sino de los grados de nobleza. En la Alta Edad Media, la tierra no era incluso propiedad de los hombres,

sino de la Iglesia, de la comunidad cristiana. En la Alta Edad Media los señores “propietarios” de las tierras se consideraban en realidad arrendatarios, pues se creía que el reino estaba bajo custodia del rey, que tenía esa función por su cargo, a su vez validado por la iglesia romana occidental o católica.

En contraparte, durante el periodo del señorío, el poder de los que estaban en la cúspide de la jerarquía se vio cuestionado por otros hombres, que basaban su legitimidad en el poder que ejercían:

La palabra ‘señorío’ alude de distintos modos a la dominación personal que un individuo podía ejercer sobre otros que dependían de él, ya se tratase de campesinos de condición cuasi servil, de caballeros o de vasallos en posesión o en búsqueda de una posición social de elite: la voz denota asimismo la importancia o el alcance de dicha dependencia (patrimonio o *dominium*)”.<sup>13</sup>

El señorío —Bisson lo llama incluso *señorío laico*— compensó su falta de legitimidad ante la Iglesia católica mediante el uso de la violencia sobre el estamento que se denominó *servidumbre*:

Del siglo X nos han llegado relatos de individuos laicos armados que usurpan las pequeñas propiedades de los campesinos a fin de agrandar sus señoríos o incluso para crearlos,<sup>14</sup>

nos dice Bisson. La institución señorial incluía tanto a los caballeros con ambición de ascender en la jerarquía estamental, como a aquellos hijos no

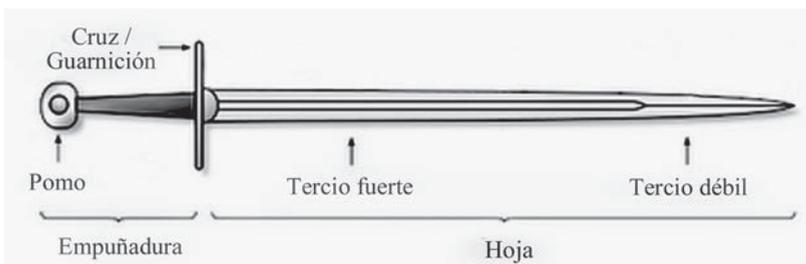


Imagen 8. Partes de la espada

<sup>13</sup> Thomas N. Bisson, *La crisis del siglo XII. El poder, la nobleza y los orígenes de la gobernación europea*, p. 28.

<sup>14</sup> *Ibid.*, p. 73.

primogénitos que no tenían acceso a los grandes títulos nobiliarios debido a su situación de dependencia frente a quien sí los tenía. El carácter de estas relaciones resultó, así, inestable. Sin el peso de la Iglesia en la legitimación de las relaciones de vasallaje, el señor debía lograr la lealtad de sus caballeros. De este modo surgió un estado de violencia no sólo en contra de los siervos, sino también entre un señor y otro, y entre el señor y sus caballeros. El resultado fue que comenzaron a proliferar los castillos para defender el *feudo* del señor; de ahí la sinonimia entre señorío y castellanía.

Pero éste no fue el único efecto, ya que aquí puede inscribirse el cambio en los temas de las inscripciones en las espadas que se vieron anteriormente. Pues, ¿no es el paso de temas propiamente religiosos, como por ejemplo *HOMODEI E INNOMINEDOMINI*, a los laicos —*Qui falsitate vivit animam occidit. Falsus in ore, caret onore*— un síntoma de la transición de las relaciones de vasallaje al señorío? Considero que sí, pues mientras que las espadas del tipo X en la clasificación de Ewart Oakeshott se encuentran vinculadas a Dios al manifestarse a su servicio, las del tipo XI, si bien se usan en nombre de Dios y hacen continua referencia a él,<sup>15</sup> comienzan a mostrar también preocupación por la lealtad que su portador debe tener. ¿A quién? A su señor. La inscripción laica en una de las espadas que veíamos decía: *Quien vive en la falsedad da muerte a su alma, aquel que habla falsamente, carece*

*de honor*. Aquí se encuentra condensado tanto una preocupación espiritual (dar muerte al alma) como una preocupación que incumbe ya no únicamente a la relación del caballero con Dios, sino también con su señor terrenal: el honor como parte de un carácter que asegura el cumplimiento de la lealtad.

Thomas N. Bisson llamó *revolución feudal* a la transición de las relaciones de vasallaje al señorío; por nuestra parte, al pasaje de los temas en las inscripciones de las espadas del tipo X al XI, de la ordenación de Oakeshott, podríamos nombrarlo como la *inscripción de la revolución feudal en las espadas*. No es algo que deba sorprendernos como algo extraordinario. Si las espadas —como los demás objetos— son un producto creado por el propio hombre, no será de ningún modo accidental que los problemas de índole político-administrativo-religiosa sean inscritos en los objetos que aquél utiliza. Preguntémosnos, por ejemplo, ¿por qué los señores hicieron inscripciones en sus espadas de manera parecida la usada por los reyes y sus caballeros? ¿No sería innecesario tal artificio si de entrada sabían que la Iglesia no los autorizaba? Thomas Bisson nos dice algo al respecto: los señores y sus caballeros pudieron no tener la autorización de la institución religiosa, pero harían todo lo posible por *parecerse* a reyes, condes y demás magnates autorizados. Sus espadas no sólo debían estar forjadas con el mismo material y de la misma forma, sino que también debían estar rodeadas de todo el ritual espiritual: también tenían que servir de algún modo a Dios. Recordemos que nuestra espada

15 Como el propio Bisson nos advierte, los señores intentaron durante mucho tiempo legitimar su poder mediante las propias escrituras, con la Biblia en la mano; es decir, su laicidad no los hacía de ninguna manera renunciar al poder religioso de la época.

## BIBLIOGRAFÍA

- Bisson, Thomas N., *La crisis del siglo XII. El poder, la nobleza y los orígenes de la gobernación europea*, trad. de Tomás Fernández Aúz y Beatriz Eguibar, Crítica, Barcelona, 2010, 847 pp.
- Bradbury, Jim, *The Routledge Companion to Medieval Warfare*, Routledge, Nueva York, 2004, 392 pp. (Routledge Companions to History).
- Instituto Martín de Azpilcueta, *Código de derecho canónico*, Universidad de Navarra, Pamplona, 2002, 849 pp.
- Keen, Maurice (ed.), *Historia de la guerra en la Edad Media*, traducción de Asunción Rodríguez Guzmán, Antonio Machado Libros, Madrid, 2005, 439 pp.
- Lepage, Jean-Denis G., *Medieval Armies and Weapons in Western Europe*, McFarland & Company, Inc. Publishers, Londres, 2005, 280 pp.
- Marx, Karl, *El Capital. Crítica de la economía política*, tomo I: El proceso de producción del capital, vol. 1., trad. Pedro Scaron, Siglo XXI, México, 2003, 381 pp.
- Oakeshott, R. Ewart, *The Archaeology of Weapons:*

laica decía al otro lado de la hoja que *El salvador ama a quien alegremente da, al hombre avaro no lo quiere*. Las espadas señoriales hacían referencia a Dios; pero no podían ocultar su procedencia laica. Por eso no podían eludirse en ellas los temas que preocupaban al señor, como la lealtad de sus caballeros. De nuevo aquí la referencia al honor no es accidental sino necesaria. El señor funda su poder en la violencia sobre los siervos, pero también, y esto no es menos importante, en la lealtad de sus caballeros.

A modo de conclusión, señalaremos que un objeto “inerte” como la espada sí es capaz de mostrarnos el mundo y las problemáticas en las que surgió. Tenemos, por un lado, que la espada es el arma que, junto al caballo y la armadura, establece diferencias sociales muy claras entre el caballero y los campesinos. Su manejo, además, los somete y convierte en siervos. Por otro lado, su forma y sus inscripciones nos señalan los desplazamientos en la propia identidad de sus poseedores.

Evidentemente, lo que hemos intentado mostrar en este trabajo no agota en modo alguno el vínculo de este objeto con el mundo que le dio vida. Hay otras líneas fructíferas a seguir; un ejemplo claro al respecto es la guerra, puesto que la guerra medieval requería estos objetos; ya que tanto la espada como el caballo implicaban un uso específico y también generaban un tipo específico de guerra: el asedio. Pero este tema rebasa los límites de estas líneas. Lo que si podemos decir es que armas como la espada son un indicio excelente de las relaciones sociales y de la forma en que la violencia se inscribió en aquéllas.

Estamos ante un movimiento similar al que Marx nos muestra cuando dice que para conocer un modo de producción no hay que buscar *qué* se produce sino *cómo* se produce:

La misma importancia que posee la estructura de los huesos fósiles para conocer la organización de especies animales extinguidas, las tienen los vestigios de *medios de trabajo* para formarse un juicio acerca de formaciones económico-sociales perimidas. Lo que diferencia unas épocas de otras no *es lo* que se hace, sino *cómo*, con qué medios de trabajo se hace. Los medios de trabajo no sólo son escalas graduadas que señalan el desarrollo alcanzado por la fuerza de trabajo humana, sino también indicadores de las relaciones sociales bajo las cuales se efectúa ese trabajo.<sup>16</sup>

Algo de este mismo orden ocurre con las armas. Así, en diferentes épocas el hombre ha fabricado distintos tipos de armas. Específicamente, incluso ha creado diversos tipos de espadas, cuya transformación no se ha debido únicamente a avances tecnológicos o a descubrimientos que faciliten su manejo, como la introducción del pomo y la cruz, por ejemplo (para las partes de la espada, véase la imagen 8), sino que también nos muestran cómo se desarrollaron determinadas relaciones sociales. Conviene conocer cómo se da y se recibe la muerte, con qué instrumentos, para deducir ciertos valores fundamentales del mundo cuya violencia, guerra y muerte se estudia. Y eso es algo que nos ha mostrado la transformación de las espadas de los siglos XI a XIII de nuestra era.

---

16 Karl Marx, *El Capital*, Tomo I, Libro I, p. 218.